

EMERGENTES del ENLAZANDO 10

Hablando de crianza. A raíz de las Jornadas Abiertas en Getafe del 2025 en las que participaron nuestras compañeras **Lola Nevares y Albertina Galiano** ambas nos cuentan lo transmitido.

No podemos decir a nadie cómo educar a sus hijos, pero sí podemos invitar a pensar en algo sencillo y valioso: el tiempo compartido. Ese tiempo construye una red de emociones y recuerdos que un día acompañará a nuestros hijos cuando ellos mismos sean padres o abuelos.

Se trata de asumir responsabilidades sin quedar atrapados en la culpa. Hoy vemos a muchos niños con ira, berrinches, impulsividad o dificultad para concentrarse. Niños que hablan de los personajes de los videojuegos pero no de sí mismos. Pensemos que recibe un “chute” de estímulos y gratificaciones inmediatas y después le pedimos que se esté quieto, que se concentre, que tolere la frustración y que además sea creativo.

En los centros escolares, los docentes observan con frecuencia a adultos con el móvil en la mano. ¿De verdad podemos responder a las necesidades de estos niños desde nuestro propio ritmo frenético?

Ana, de dos años, va en su carrito mirando a su alrededor y a su madre, que se ha detenido ante un escaparate. ¿Están entretenidas o adormecidas? Quizá se haya perdido una pequeña conversación.

El juego simbólico ofrece a los niños un espacio para expresar fantasías, deseos y miedos. En el juego pueden ser médicos que tranquilizan o héroes que espantan ladrones. Todo es reversible y permite elaborar conflictos.

Los padres suelen preocuparse por las tareas escolares, pero a veces olvidan leer cuentos. Los cuentos calman, despiertan la imaginación y crean momentos compartidos que los niños desean repetir una y otra vez.

Los padres nos piden pautas. Sin embargo, pareció resonar más el cuento que el juego. Esto nos lleva a preguntarnos qué nos ocurre con el jugar. Quizá nos remite a la primera infancia; en el cuento elaboramos y proyectamos, mientras que el juego exige presencia corporal.

Hoy muchos niños juegan con adultos, algo que antes no era necesario: se jugaba con hermanos, primos o en la plaza del barrio. Ahora hay menos niños y más simetría en la relación adulto-niño, lo que puede volver el juego tedioso. A esto se suma el cansancio y la culpa de padres agotados.

Predomina la idea de que jugar no es productivo y se coloca a los niños constantemente en el aprendizaje. **El juego y el cuento requieren cuerpo, presencia e interpretación.** También observamos padres que no logran separarse y juegan con sus hijos como si fueran más pequeños. Para que el niño juegue de forma autónoma, el adulto necesita estar presente sin invadir.

Las pantallas introducen otra pregunta: ¿el adulto mira o no mira? No es lo mismo dejar a los niños solos frente a ellas que compartir una película en familia.

Muchos padres temen traumatizar a sus hijos al poner límites y buscan ser “perfectos”, oscilando entre la rigidez y la ausencia de autoridad. A la vez proliferan diagnósticos y discursos expertos. Quizá el desafío sea **recuperar espacios de pensamiento compartido**, donde la presencia adulta, el juego y el límite vuelvan a tener lugar. **El juego, en este sentido, puede ser también un acto subversivo.**